

sal renacimiento a la confianza que los primeros actos del nuevo gobierno y los indicios del futuro, parecían justificar. Agripina seguía vigilando, guiando, aconsejando, reprendiendo a Nerón, de acuerdo, como antes de la elección, con los dos maestros del joven, Séneca y Burro. Nerón obedecía dócil al freno y a la fusta; el Senado recobraba sus antiguos cargos; el imperio, gobernado por Séneca, por Burro y por Agripina, de acuerdo con el Senado, y con el dócil consentimiento de Nerón, parecía a todos que florecía y que todo el Estado estaba en tan buen orden como nunca había estado. Pero esto duró poco: que si Agripina había educado al hijo a la antigua y lo había criado con sencillez y dureza desusadas; si lo había casado muy pronto y no abdicaba de su autoridad materna ni aun en presencia del emperador, el temperamento del hijo no estaba dispuesto para estas asperezas o disciplinas. Aquella afición por el dibujo y el canto, aquel fastidio de la elocuencia, que había mostrado desde niño, eran la pequeña semilla de la que, con los años, con el uso y el abuso del poder, había de desarrollarse un furioso exotismo, uno de esos temperamentos agresivos que, de vez en cuando, prorrumpan de la aristocracia, ansiosos de hacer lo contrario de lo que imponen la tradición, la educación y la opinión. Todos los inconvenientes y peligros de la antigua educación romana habían

de aparecer precisamente en Nerón; el primero entre todos, la fragilidad de los matrimonios precoces. Agripina lo había casado demasiado pronto con una jovencita que, por nobleza de nacimiento y virtud, podía ser su digna compañera; pero un año después de su asunción al imperio, el joven de diez y ocho años olvidaba el deber por el amor, a la virtuosa Octavia por la bellísima Acte, liberta llegada de Oriente, exótica belleza de la que se enamoró hasta el extremo de manifestar un buen día su propósito de repudiar a Octavia y casarse con Acte. Era una locura de muchacho enamorado; porque la *lex de maritandis ordinibus* prohibía los casamientos entre senadores y libertas. Es, pues, natural que se opusiera Agripina con vehemencia; la bisnieta de Livia, la nieta de Druso, la hija de Germánico, educada en las más rígidas ideas del romanismo, no podía dejar que su hijo comprometiese el prestigio de la nobleza con un escandaloso concubinato. Pero el joven resistió; si no repudió a Octavia, descuidó su trato y vivió con Acte como si fuera su mujer, siendo vanas cuantas tentativas hizo Agripina para romper esta cadena fabricada por Afrodita. El hijo empezaba a rebelarse porque ya no era solamente hijo, sino también emperador.

Este estallido era inevitable antes o después. Demasiado autoritaria, Agripina incurría en el error de tratar al emperador como había tratado

al hijo. Pero que el estallido ocurriese de aquel modo, a propósito de unos amoríos y con una aspereza que podía rápidamente degenerar en odio, fué algo funestísimo. Agripina tenía muchos enemigos ocultos. Todos sabían que ella veía con malos ojos el lujo, el relajamiento de las costumbres, el incremento de los gastos públicos y privados; que se esforzaba para impedir el despilfarro, las malversaciones y todos los gastos caprichosos del Estado y de la familia imperial. Si el respeto de que estaba rodeada, por sus virtudes y por el parangón con Mesalina; si la reverencia del emperador por ella habían hasta entonces obligado a sus enemigos a ocultarse y a callar, no fué ya así cuando las primeras discordias entre ella y Nerón hicieron entrever a muchos la esperanza de molestarla al amparo de la autoridad imperial. Cuanto más se apasionaba Nerón por Acte, más se distanciaba de su madre; cuanto más se distanciaba de su madre, más su temperamento fantástico y rebelde se revelaba a los demás y a sí mismo; cuanto más se manifestaba su egoísmo, más se reanimaba el partido de la nobleza modernizante, amedrentado por la autoridad de Agripina. Empalidecía el recuerdo de Calígula y de Mesalina; el severo y parsimonioso gobierno de Agripina empezaba a cansar; los espíritus aspiraban de nuevo a la novedad.

En la casa imperial y en el Senado se forma-

ron de nuevo, frente a frente, los dos partidos que en tiempos de Augusto destruyeron a Roma: en torno al emperador el partido de la nobleza modernizante, y el partido de la antigua nobleza teniendo como jefe a Agripina. Tácito nos dice que las más antiguas y más respetables familias de la nobleza romana tomaron el partido de Agripina; y aunque se hubiese olvidado de decirnoslo lo hubiéramos supuesto. Pero si Agripina podía ser el alma del partido de la vieja nobleza, ésta necesitaba un hombre para oponerle a Nerón como más capacitado para el cargo de emperador. Y Agripina, que se consideraba antes que madre de Nerón madre de la República, puso sus ojos sobre Británico, que por entonces se había transformado en un joven más formal que Nerón. Antes que ella pensara en substituir a su hijo por el hijo de Mesalina, ya se susurraba. Cuando en el 55, en una comida a la que asistía Nerón, murió Británico repentinamente. ¿Fué envenenado por Nerón, como dice Tácito? Aunque en el relato de Tácito no faltan puntos oscuros e inverosímiles, parece que, por esta vez, la acusación, si no es cierta, es un poco más verosímil que las otras acusaciones hermanas de ésta. Lo cierto es que la especie del veneno corrió y fué creída por toda Roma y que la muerte de Británico fué causa de gran espanto e indecible consternación de Agripina, según dice Tácito, y cuyas razones no es difícil adivinar.

Quedaba Nerón como último y único superviviente de la familia de Augusto y no era ya posible, por tanto, ponerse frente a él, presentando otro miembro de la familia capaz de gobernar. Rápidamente, el partido de la nobleza modernizante adquirió fuerza y el poderío de Agripina decreció.

Agripina había podido mandar y dominar mientras logró mantener bajo su influencia al emperador, fuera Claudio o Nerón. Desde el día en que Nerón se escapó a su autoridad, se volvió más bien contra ella, su poder había de declinar, su partido tenía que disminuir. Aunque joven y débil, el emperador, por la fuerza del cargo, era el más poderoso de los miembros de su familia, y esta vez Nerón estaba sostenido por un partido que iba creciendo día a día en número y fuerza; porque, como sucede siempre en la prosperidad y en la paz, los tiempos aspiraban a un gobierno más tolerante, más pródigo, más suave, menos autoritario y severo. No se desanimó, sin embargo, Agripina, que, aun en medio de complots, intrigas y sospechas, conservó todavía mucho poder durante dos años y pudo entorpecer los progresos de la nueva orientación del gobierno; bien porque Nerón, influenciado por su primera educación, aunque no obedecía ya a su madre, era todavía demasiado débil y poco seguro de sí para sublevarse abiertamente; bien porque Séneca y Burro tra-

taban de reconciliar a la madre y al hijo. La ruptura ocurrió en el 58, cuando Nerón olvidó a Acte por Poppea Sabina. Pertenece ésta a una de las grandes familias de Roma, de las más, si no dañadas, adulteradas por el nuevo espíritu y las nuevas costumbres. Rica, bellísima, ávida de lujo y de placeres, ambiciosa, enamoró a Nerón, y para casarse con él precipitó con un resuelto empujón la lenta mutación que del discípulo de Agripina y del nieto de Germánico llevaba el emperador pródigo, disoluto, festero, enamorado de Grecia y de Oriente, ansioso de caligular, aunque un poco menos locamente. Tácito nos relata que de continuo reprobaba en Nerón sus costumbres sencillas, sus maneras poco elegantes, sus gustos groseros; poniéndole como ejemplo y como reproche la elegancia y el lujo de su marido, que era la admiración y el modelo de la nueva nobleza; rehacía, en suma, su educación, demoliendo, piedra sobre piedra, la labor paciente de Agripina. Ni esto le bastó; se convirtió también, con su pequeño cerebro, en su consejera, persuadiéndole de que el parsimonioso autoritarismo de su madre disgustaba al pueblo, y lo incitó a atraerse a las multitudes malgastando y derrochando. Y he aquí a Nerón, que hasta entonces había gobernado poco o nada, imaginar de pronto y proponer al Senado atrevidísimas leyes en favor del pueblo, hasta el extremo de proponer un día que se aboliesen

todos los *vectigalia*, esto es, todos los impuestos indirectos, contribuciones y peajes del imperio. Dicha ley hubiera sido ciertamente aplaudida y fué muy discutida en el Senado; pero hombres experimentados hicieron observar que originaría la ruina de las finanzas del imperio y persuadieron a Nerón para que no insistiera. Pero empeñado Nerón en hacer alguna reforma que agradase al pueblo, ordenó, por medio de edicto, que se hicieran públicas las tarifas de todas las *vectigalia*; que, el pretor en Roma, y el propretor y procónsul en las provincias, decidieran sumariamente los procesos contra los contratistas de gabelas; que los soldados estuvieran exentos de *vectigalia*.

Esta nueva orientación separó para siempre a madre e hijo. Agripina y Nerón casi no volvieron a verse más; procurando Nerón, en las pocas visitas a las que para salvar las apariencias no podía substraerse, no estar solo nunca con ella. Pero la víctima de esta ruptura fué la madre, porque el público, desmemoriado siempre, olvidó cuanto ésta había hecho y la paz que hiciera resurgir de nuevo en el Estado, y le volvió la espalda, esperando toda clase de nuevos beneficios de Nerón, cuya grandeza y prodigalidad gustaba a todos. Envalentonada Poppea por su popularidad, insistió con mayor atrevimiento para que Nerón se divorciase de Octavia y se casara con ella. Pero Agripina no era

mujer que cediera fácilmente, y siguió luchando contra su hijo, contra la amante, contra la pandilla que aumentaba en torno a Nerón, oponiéndose sobre todo al repudio de Octavia, que, hecho por capricho, sin una razón legal o de Estado, hubiera dado ocasión a un grave escándalo en Roma. Y Nerón era todavía demasiado débil e inseguro; recordaba todavía demasiado la larga autoridad de la madre; la temía demasiado para rebelarse entera y abiertamente. Por fin comprendió Poppea que no llegaría a ser emperatriz mientras la madre de su amante viviera, y entonces el destino de Agripina fué decidido. Tanto dijo e hizo aquélla, animada por los nuevos amigos de Nerón, que querían destruir para siempre la influencia de Agripina, que lo persuadió para que matara a su madre. No era ya solamente una infamia, sino también una imprudencia, matar a la madre, matar a la hija de Germánico, matar a esta mujer en la que el pueblo veneraba a un portento de la fortuna, por ser descendiente de un hombre al que sólo una muerte precoz había impedido ser jefe del imperio; por ser hermana, mujer, madre de emperadores. De aquí que se discutiera largamente la forma en que había de realizarse el crimen para que quedase en el misterio, y que Nerón no se decidiera hasta que fué encontrado un medio que pareció seguro para hacer desaparecer a Agripina.

Fué propuesto por el liberto Aniceto, comandante de la flota en la primavera del 59, en ocasión de encontrarse Nerón en Baia, sobre el golfo de Nápoles. Se construiría una nave que, como dice Tácito, «se abriera disimuladamente por un lado». Si Nerón hacía que Agripina embarcase en esta nave, Aniceto se las compondría para sepultar en el fondo del mar a Agripina y con ella el secreto del crimen. Dió Nerón su consentimiento al diabólico plan, y fingiendo querer reconciliarse con su madre, la invitó para que, desde Anzio, donde se encontraba, fuera a Baia. Empleó toda clase de atenciones y cortesía, y cuando, confiada por las deferencias del hijo, se dispuso a volver a Anzio, la acompañó Nerón hasta la nave fatal, abrazándola tiernamente. La noche era apacible y estrellada. Agripina discurría con una de sus libertas sobre el arrepentimiento de su hijo y sobre su reconciliación, cuando, alejada un tanto de la riba la nave, se intentó hacer jugar la trampa. No está muy claro lo que ocurrió, porque la descripción de Tácito, pintoresca en apariencia, es confusa e imprecisa: parece ser que la nave no se hundió con tanta rapidez como esperaban los artifices de la insidia y que, en la batahola, Agripina, rápida y resuelta, logró salvarse a nado, mientras los sicarios mataban a bordo a su liberta creyendo que era a ella a quien mataban. De una u otra forma, lo cierto es que Agripina logró po-

nerse a salvo con la ayuda—según parece—de una barca que ganó a nado, y que desde una de sus villas sobre la costa, mandó en seguida a uno de sus libertos para que diera cuenta a Nerón del peligro al que, por bondad de los Dioses y por fortuna para él, había escapado. Agripina había adivinado la verdad; pero precisamente por esto renunciaba a la lucha, y se valía de aquel medio para hacer comprender, sin decirlo, que olvidaba y perdonaba. ¿Qué otra cosa podía hacer, mujer y sola, contra el emperador, que se atrevía hasta a levantar la mano contra su madre? Pero el miedo impidió a Nerón comprender, y apenas supo que Agripina se había salvado, perdió la cabeza. La vió correr a Roma, denunciar a los soldados y al Senado el horrendo matricidio, y fuera de sí por el espanto, mandó llamar a Séneca y a Burro para celebrar consejo con ellos. Es fácil imaginar cómo quedarían los dos maestros del joven al terminar el terrible relato. Ni aun éstos comprendieron que Agripina se sentía y se declaraba, a partir de aquel momento, vencida; también ellos temieron que Agripina provocara el más terrible entre los escándalos que Roma había presenciado hasta entonces; y, mientras Nerón suplicaba que lo salvaran, callaban, no sabiendo qué consejo dar, o mejor dicho, no ocurriéndoseles más que un solo consejo, pero demasiado grave y terrible. Al fin, Séneca, el filósofo humanitario,

se dirigió a Burro y le preguntó qué ocurriría si se diera a los pretorianos la orden de matar a Agripina. Burro comprendió que Séneca, aun siendo el primero en dar el cruel consejo, quería cargar sobre él la responsabilidad mucho más grave de la ejecución; ya que él, como comandante de la guardia, tendría que dar la orden del asesinato. Se apresuró, pues, a decir que los pretorianos no consentirían nunca matar a la hija de Germánico; y agregó después que si necesariamente se quería quitar de en medio a Agripina, el mejor consejo era que Aniceto terminase la obra que había empezado. También Burro daba el mismo consejo que Séneca, pero pasando a un tercero la responsabilidad de la ejecución. El, sin embargo, había sabido elegir esta tercera persona mejor que Séneca, puesto que Aniceto no podía negarse. Si vivía Agripina corría el peligro de convertirse en chivo expiatorio de toda aquella horrible y cruenta intriga. En efecto, Aniceto aceptó. El liberto de Agripina fué encarcelado y puesto en los cepos para hacer creer que había sido sorprendido con armas escondidas, cuando se preparaba, por encargo de su ama, a atentar contra la vida del emperador. Luego, Aniceto, con un puñado de marineros, corrió a la villa de Agripina, la rodeó, entró en la villa, se precipitó con dos oficiales en la habitación donde Agripina, extendida sobre el lecho, discurría con una criada, y la mató.

Tácito dice que cuando Agripina vió a uno de los dos oficiales desnudar el hierro, le dijo que la hiriera en el vientre que había llevado al hijo.

III

Así murió la última, la más insigne, después de Livia, mujer de la familia de Augusto. Murió como un soldado, en su puesto, defendiendo valerosamente las tradiciones de la aristocracia y los principios seculares del romanismo, contra los tiempos nuevos que querían desorientar a la antigua república romana. Murió por su familia, por su casta, por Roma, sin la compensación siquiera de ser recordada con piadoso respeto por la posteridad, sacrificando en esta lucha, no sólo la vida, sino la fama y el honor. Tal fué el destino común de toda esta no sabríamos decir si afortunadísima o desventurada entre las familias del mundo antiguo, a excepción de la privilegiada pareja, Livia y Augusto, en que empieza. No es posible que quien comprenda esta tragedia que mana sangre, no se horrorice de la ferocidad con que Roma se vengó de esta familia porque, para devolverle la paz y conservar el imperio, había tenido que elevarse un poco sobre la común grandeza de la antigua aristocracia. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, malvados y generosos, cuerdos y locos, todos fueron igualmente insidiados y perseguidos; y a to-

dos, salvo a la pareja de los dos fundadores, a Antonia y a los que, como Druso y Germánico, tuvieron la dicha de morir jóvenes, les quitó la vida, o la grandeza, o el honor; con frecuencia todas estas cosas a la vez. Los que, como Tiberio y Agripina, defendieron el romanismo, no por esto fueron odiados, perseguidos e infamados con menos furor que los que, como Calígula y Nerón, intentaron destruirlo. Ninguno, fueran las que fueran sus inclinaciones e intenciones, logró hacerse comprender de sus tiempos y de la posteridad; el destino común de todos, aun de los peores, fué ser incomprendidos y, por tanto, calumniados; el destino de las mujeres fué más terrible todavía que el de los hombres, porque de ellas exigieron los tiempos, como compensación al gran honor de formar parte de esta privilegiada familia, todas las virtudes más raras y difíciles, y cuando las tuvieron, no las recompensaron ni aun con el respeto. ¡A todos exilio, infamia, muerte!

¿Por qué razón? ¿Cómo fueron posibles tantas desventuras y un tan despiadado desfiguramiento de la tradición? Es verdaderamente una lástima que la posteridad haya siempre estudiado y meditado esta cruel tragedia sobre la grosera y superficial falsificación de Tácito. Pocos episodios de la historia pueden hacer comprender mejor, especialmente a las generaciones favorecidas por tiempos prósperos y fáciles, cuán

trágica cosa es la vida, cuando alguno la toma en serio. No lo sabe bien quien no ha vivido en tiempos en que un viejo mundo muere y nace uno nuevo: el primero, lo suficientemente fuerte, todavía, para resistir los asaltos del otro; éste, aun creciendo, sin poder todavía para aniquilar al mundo sobre cuyas ruinas podrá solamente prosperar. Los hombres deben entonces, en todo momento, resolver problemas insolubles e intentar empresas tanto más necesarias cuanto imposibles; se hace la confusión en los espíritus como en las cosas; el odio separa a los que deberían ayudarse, porque tienden al mismo fin, y la simpatía, alguna vez, une a los que están obligados a combatirse. Más todavía que los hombres sufren las mujeres porque, razonablemente, todo cambio que advenga en su condición parece más peligroso. Vestal del genio de la especie, que no debe adormecerse nunca, debe estar la mujer más ligada al pasado, ser más juiciosa, más virtuosa que el hombre; poseer y conservar mejor que el hombre las virtudes de que dependen la estabilidad de la familia y el porvenir de la raza. Es cuestión de vida o muerte para todos los tiempos. Pero precisamente por esto, en los tiempos en que un mundo muere y otro nace, y se confunden todas las ideas y todos los esfuerzos logran resultados inesperados, y a menudo el que quiere conservar destruye, y la virtud parece vicio y el vicio

virtud, la mujer tropieza con más dificultades para cumplir su propia misión, y está más expuesta al peligro de confundir su camino, de desnaturalizar el propio deber, de equivocarse el propio destino y, por tanto, de ser desgraciada.

Tal fué la suerte de la familia de Augusto; tal la suerte de sus mujeres. Los romanos y los extranjeros que visitan Roma van, a menudo, en las tardes de los domingos, a escuchar música buena, en un salón que se llamaba, hasta hace poco tiempo, Corea. Esta sala está construída sobre una antigua rudera romana en forma de rotonda que cualquiera puede ver a la entrada. La rudera son restos de la tumba que Augusto erigió en la vía Flaminia para sí y para su familia. Casi todos los personajes cuya historia hemos narrado aquí, fueron sepultados en aquel mausoleo. Si alguno, entre los que han leído esta historia, se encontrara un día en Roma y fuera a oír un concierto en el antiguo Corea, llamado hoy Augusteo, dirija un pensamiento a estas lejanas víctimas de una historia terrible, y piense que allí, donde en pleno siglo XX oye correr torrentes sonoros de la más melodiosa música, allí solamente pudieron, hace veinte siglos, ponerse a salvo los miembros de la familia de Augusto, de su insidiosa grandeza, y descansar, al fin, por primera vez, hechos ceniza, en paz.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.....	5
I.—La mujer en la antigua Roma.....	11
II.—Livia.....	35
III.—Las hijas de Agripa.....	61
IV.—Tiberio y Agripina.....	93
V.—La mujer de Calígula y el matrimonio de Mesalina.....	123
VI.—La madre de Nerón.....	153

